

20° Domingo Ordinario B/2012

Como la semana pasada, las lecturas de este domingo nos hablan de la realidad del alimento. El énfasis de hoy está sobre el tipo de alimento que necesitamos realmente para crecer en nuestro cuerpo y alma cuando estamos todavía en esta vida.

La primera lectura del libro de los Proverbios habla de la adquisición de la Sabiduría divina. Compara la sabiduría divina a una señora que ha edificado una casa y ha invitado la gente para comer. Los que están invitados son las personas sencillas y los ignorantes, que pueden aprovechar la situación y cambiar su fortuna.

Lo que este texto nos enseña es que los que son sabios han encontrado el camino que conduce a la felicidad. En este sentido, no hay ninguna felicidad si nosotros no abandonamos los estilos tontos de vida. Por eso, los que son sabios pueden avanzar en el entendimiento del misterio de la vida cuyo origen está en Dios.

Este texto nos ayude a entender mejor la recomendación de San Pablo que nos invita a comportarnos como sabios y no como irreflexivos, incapaces de discernir la voluntad de Dios en nuestra vida. Por eso, San Pablo insiste que usemos el tiempo presente para la gloria de Dios y para nuestra salvación. Él nos invita también a llenarnos del Espíritu Santo, manifestando sabiduría, orando y siendo capaces de agradecer siempre a Dios en nuestros corazones en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Esto nos conduce al Evangelio de hoy, en cual Jesús se presenta como el pan de vida. Es la tercera vez que oímos este discurso. En primer lugar, Jesús afirma que él es el pan de vida que ha bajado del cielo. Pues él dice que el que come de este pan vivirá para siempre. Al fin, él declara que el pan que él da es su carne para la vida del mundo.

Cuando los judíos lo oyeron, se sobresaltaron y se pusieron a discutir cómo él podía darles a comer su carne. Pero Jesús insistió que a menos que comieran su carne y bebieran su sangre no podían tener la vida en ellos. Por lo tanto, el que come su carne y bebe su sangre, tiene vida eterna y él lo resucitará el último día.

Además, no es sólo su carne una verdadera comida y su sangre una verdadera bebida, sino que quien los come, permanece en él. La razón de esta permanencia se explica con el hecho de que como Jesús mismo tiene vida gracias al Padre, el que se alimenta de él vivirá también gracias a él. Por eso, Jesús compara el pan de vida al maná. Los judíos comieron maná y murieron, mientras los que comen el pan que él da vivirán para siempre.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es la presencia de Jesús en la Eucaristía. Cuando Jesús dice que el pan que él da es su carne para la vida del mundo o que su carne es la verdadera comida y su sangre la verdadera bebida, él afirma su presencia real en la Eucaristía. Si no fuera real, los judíos no discutirían. Le hicieron así, porque la lengua de Jesús no era simbólica, sino directa y real.

Tenemos que recordar que cada vez que Jesús decía algo y quienes lo oían malinterpretaron, él los corregía directamente. Por ejemplo en Juan 11, cuando Jesús dice a los discípulos que Lázaro está durmiendo, ellos le contestaron que si es así, es señal que va a sanar. Pero, él los corrigió directamente diciendo que estaba muerto.

Un otro ejemplo viene de su pasión cuando le preguntaron si él era Rey. Él aceptó, pero al mismo tiempo corrigió diciendo que su Reino no era de este mundo. Sin

embargo, cuando el dijo que el pan es su carne y el vino su sangre, él no corrigió su discurso. Él dejó a los Judíos tomarlo como lo entendieron.

De hecho, según la antropología judía "carne" no significa sólo músculos, sino la persona entera. Esta es la razón por cual los judíos reaccionaron diciendo, ¿"Cómo puede este hombre darnos a comer su carne"? Entendieron bien que Jesús no hablaba de una asimilación espiritual de su mensaje o de una manera simbólica, sino de una verdadera "comida" que la gente puede comer.

Todas estas palabras de Jesús se harán evidentes en la Última Cena cuando da el pan y el vino a los discípulos diciendo, "este es mi cuerpo" "y este es mi sangre"... "Haced esto en conmemoración mía". De esta manera es claro que Jesús está realmente presente en la Eucaristía, pues de lo contrario no tendría sentido que dijera: "Si no comen la carne del Hijo del hombre y beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes".

El segundo punto que quiero destacar es sobre el sentido de la Eucaristía. ¿Cuál es la Eucaristía? En la luz de todo esto, comprendemos que la Eucaristía es el sacramento de la presencia de Jesús en nuestro medio. Es la celebración y la actualización de la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús. Por eso, la Eucaristía supera todos los tiempos, todos los espacios y todas las generaciones para estar al horizonte de todo el mundo que está en la búsqueda de la salvación.

La Eucaristía es la permanencia de Jesús en nosotros como el mismo permanece en su Padre. Es un compartir en la unidad divina que nos conforma a la imagen de Jesús. La Eucaristía es el establecimiento de la comunión con Jesús a través de la cual él nos da su vida y nos cura de nuestras enfermedades y pecados.

Finalmente, la Eucaristía es el gran signo de nuestra vida en Cristo. Cuando recibimos la Eucaristía, Jesús nos alimenta, nos refuerza y nos une como comunidad. Él ofrece su cuerpo y su sangre para nuestra salvación y nos invita a unirnos con él cuando nosotros ofrecemos nuestra vida al servicio de nuestros semejantes.

Para el mundo de hoy, el pan es una comida adicional y no el plato principal. En tiempos de Jesús, el pan significó el sustento y no nada más que el sustento físico, sino que una señal de la amistad y de la relación. Está un símbolo de la vida compartida, especialmente cuando la gente comparte una misma mesa con la intención de conocer a los demás y de acercarse mutuamente. En este sentido, la Eucaristía es un signo de nuestra comunidad como discípulos de Jesús. No perdamos esta oportunidad de reforzar nuestras relaciones cuando celebramos la Eucaristía. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Proverbios 9, 1-6; Efesios 5, 15-20; Juan 6, 51-58



Fecha de la Homilía: el 19 de Agosto, 2012

© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20120819homilia.pdf